

*A recuperación da experiencia da emigración galega na Arxentina:  
as cartas familiares e as fotos dos emigrantes.*<sup>1</sup>

María Liliana Da Orden

Universidad Nacional de Mar del Plata – Argentina.<sup>2</sup>

Recientemente han comenzado a recuperarse de manera sistemática los testimonios personales de la emigración gallega a la Argentina. En el marco de estudios que privilegian la acción de los sujetos y su capacidad de decisión ante los condicionamientos macroestructurales, las cartas y las fotografías enviadas de uno y otro lado del Atlántico permiten rescatar una parte del universo de relaciones familiares y de paisanaje que hicieron posible la emigración, las idas y venidas y, en muchos casos, también el retorno o la residencia permanente en la nueva sociedad. Este tipo de fuentes -hasta hace poco tiempo utilizadas sobre todo en el ámbito anglosajón-, también ponen en evidencia los intereses y las prácticas cotidianas así como las actitudes y concepciones implícitas en la relación que mantienen sus emisores y destinatarios. En efecto, tanto las imágenes –con su especificidad-, como la producción escrita –muchas veces también incluida en el dorso de las fotografías- constituyen en la mayoría de los casos el único testimonio de las “voces” de los protagonistas de la gran emigración hacia América de fines del siglo XIX y comienzos del XX, así como de la oleada de posguerra. Junto con los diarios, las cartas y fotografías constituyen una fuente inestimable de las vidas de la “gente común”, vistas desde su propia perspectiva. En tanto producto de sujetos singulares, manifiestan experiencias y percepciones únicas. Esta subjetividad constituye su principal riqueza y también su limitación. Lejos están entonces de la pretensión generalizadora de otro tipo de abordajes. Sin embargo, es esta característica la que permite no sólo recuperar parte de las prácticas y tradiciones de los sectores más vastos de una sociedad, sino también generar nuevos interrogantes y problemas a los estudios migratorios.

En efecto, como recientemente David Gerber (2000 y 2005) ha señalado para el ámbito norteamericano, la particular escritura de los inmigrantes y sus familiares -muchas veces puesta en marcha debido a la separación que supuso el fenómeno migratorio-, ofrece una ocasión única para aprehender las variadas estrategias puestas en juego por estos individuos. Con su gramática y sus expresiones peculiares, pero también con sus silencios y omisiones, los escritores de estas cartas iluminan las complejas modalidades adoptadas para mantener y recrear sus vínculos y con ello su identidad familiar e individual a través del océano. Esta dimensión, que el intercambio de fotografías también pone en evidencia (Da Orden, 2004), ha sido menos explorada que la redes familiares y de paisanaje.

Como han demostrado los estudios sobre las cadenas migratorias o el envío de remesas, a diferencia de los supuestos más clásicos, la distancia espacial no supuso la ruptura de los vínculos con la familia que permaneció en el origen. Menos estudiada ha sido la configuración que asumieron esos lazos una vez producida la partida a medida que los emigrantes se asentaban en la nueva sociedad. Además de la Historia,

---

<sup>1</sup> Universidad de Vigo, **Curso de Verán “As migracións nas sociedades contemporáneas: os desafíos na Galicia actual”**, Caldas de Rei, 9 al 13 de julio de 2007.

<sup>2</sup> Cualquier comentario o aporte será bien recibido a la dirección electrónica: mldaor@mdp.edu.ar

las diversas disciplinas que se ocupan del tema han considerado los conflictos que supone la convivencia y la interacción en el interior de la familia, según fuera el sector social, la estructura, la índole de las relaciones más o menos verticales o los mecanismos de herencia que estuvieran presentes. Ahora bien, ¿cómo operaba la emigración de uno o varios de sus miembros cuando implicaba un traslado, a veces definitivo, de uno a otro continente?

Buena parte de los emigrantes españoles que llegaron a la Argentina fueron varones jóvenes, una característica que se habría acentuado en el caso de los gallegos (Vázquez González, 1992). Aunque ello no excluía la reunificación familiar e incluso la existencia de amplias redes de parentesco en el nuevo mundo, en la mayoría de los casos la partida suponía la permanencia de los padres en el hogar. De ahí que resulte por demás significativo indagar en la forma que adquirieron estos vínculos durante el proceso migratorio. La figura de la madre, central en las relaciones familiares, ha cobrado en Galicia un carácter al parecer específico. Constituye un tópico aludir al fenómeno del matriarcado que habría caracterizado el mundo rural en esta o al menos en algunas zonas de la región. Desde la Antropología es clásico el análisis de Lisón Tolosana (1976; 1991) con respecto al papel que la mujer ejercía en los hogares de las provincias del interior. La cuestión ha sido objeto de un debate que permanece abierto, a juzgar por el signo no siempre evidente de la posición de las mujeres ante la emigración, sea que partieran o bien que permanecieran en el lugar. Si algunos trabajos señalan su rol subordinado en tanto que “viudas de vivos” (Cagiao Vila, 1997; Vázquez Soutelo, 2004) otros ven en esa misma situación la posibilidad de desempeñar un control sobre el hogar que antes no ejercían y coinciden en el carácter ambiguo de una posición caracterizada por la coexistencia de relaciones de poder y sometimiento (Brettell, 1987; Kelley, 1991, 1994).

En este marco de discusión, a través del análisis del epistolario de dos mujeres que permanecieron en el lugar de origen mientras sus hijos emigraron a la Argentina, buscamos abordar la problemática del género y la familia entre los emigrantes gallegos. Partiendo del complejo lugar que al parecer tuvieron las mujeres – madres, hermanas, esposas y/o nueras- en el mundo rural, nuestro objetivo es explorar la significativa relación madre-hijo y la influencia de la incorporación de nuevos integrantes a la familia en el caso de aquellos que se asentaron en la Argentina. Habida cuenta del peso decisivo que tuvieron los varones solos en la emigración masiva y en menor medida en la etapa de posguerra, ¿qué esperaban estas madres de los hijos que se hallaban en “América”? Más específicamente, ¿qué mecanismos fueron implementados a través de las cartas para mantener o adaptar las relaciones familiares al cambio que suponía el cruce del océano?, ¿hasta qué punto la distancia espacial configuraba una relación también más distante? Una vez que los hijos se casaron, ¿cómo fueron incorporadas las nuevas mujeres en la familia de origen? Por fin, ¿qué cambios o permanencias pueden observarse en estas relaciones a lo largo del lapso que va de la primera a la segunda emigración?

La correspondencia dirigida a su hijo por una mujer de Abegondo, en la provincia de La Coruña, y otra oriunda de Salvaterra do Miño, en Pontevedra, permitirán arrojar alguna luz sobre estas cuestiones. Cada uno de los epistolarios se halla conformado por cerca de medio centenar de cartas remitidas a lo largo de una

década –los años veinte en el primer caso y los sesenta en el segundo.<sup>3</sup> Aunque se trata de períodos bien diferentes tanto para la sociedad emisora como para la receptora, cuando además la oleada migratoria había adquirido distintos ritmos y destinos –en los años sesenta la emigración ya se había orientado hacia otros países europeos–, ambas mujeres tenían en común su origen campesino. Esta dimensión, además del ritmo más lento de los cambios producidos en las prácticas familiares frente a otras dimensiones de la vida, constituye un sustrato que hace factible el tratamiento conjunto de los corpus, más allá de las distancias que presentan. Estas dos mujeres compartían además la experiencia de tener a su hijo mayor en Argentina y el momento de la vida en que se hallaban. En efecto, María Mosquera y Dolores Porto, como se llamaban, habían cruzado largamente el umbral de los sesenta años cuando las encontramos en estos escritos, un momento de sus vidas condicionado por el fin de la etapa laboral tal como la habían desempeñado, los problemas de salud y la proximidad de la muerte. Además de sus respectivas personalidades y del contexto histórico y socio cultural del lugar y la época en vivían, uno de los aspectos que las diferenciaba era la instrucción. Como veremos, esta dimensión incidió en el tono del vínculo que mantuvieron con sus hijos a través de la correspondencia. Por lo demás, al tratarse de cartas recibidas y conservadas en el lugar de destino, la perspectiva de la sociedad de origen que permiten abordar supone una aproximación menos considerada al universo de relaciones que involucró la emigración gallega a la Argentina: la de los efectos que tuviera en aquellos que permanecieron en el origen.

#### La sociedad de destino.

Antes de avanzar en nuestro análisis, nos detendremos en la sociedad receptora. Mar del Plata, un centro urbano intermedio del sudeste de la provincia de Buenos Aires, fue el ámbito donde se insertaron de los inmigrantes que consideramos. Tanto Diego Mosquera, nacido en una parroquia de Abegondo cercana a la ciudad de Betanzos, como Manuel Correa Porto, nativo de una aldea de Salvaterra do Miño, en el límite con Portugal, emigraron directamente a la ciudad del sudeste bonaerense. Este núcleo, distaba unos 450Km del puerto de desembarco, por lo cual con frecuencia los inmigrantes españoles allí asentados habían tenido estancias previas en la ciudad de Buenos Aires o en otros poblados de la provincia del mismo nombre (Da Orden, 2005). Mar del Plata ejercía, pues, el atractivo propio de las pequeñas y medianas ciudades del interior bonaerense, que combinaban el trabajo agropecuario con las actividades urbanas. Pero además, en este caso se agregaba el plus que suponía el veraneo de la clase más alta del país. Desde fines del siglo XIX y hasta bien entrados los años treinta, el lugar se singularizaba por su condición de balneario exclusivo de la elite nacional. De modo que durante la inmigración masiva casi la mitad de sus habitantes eran europeos y nada menos que la cuarta parte tenía origen español. Esta fue la razón por la cual el ritmo detenido en los años 30, volvió a retomarse con la oleada de posguerra a través de las cadenas migratorias. Estos

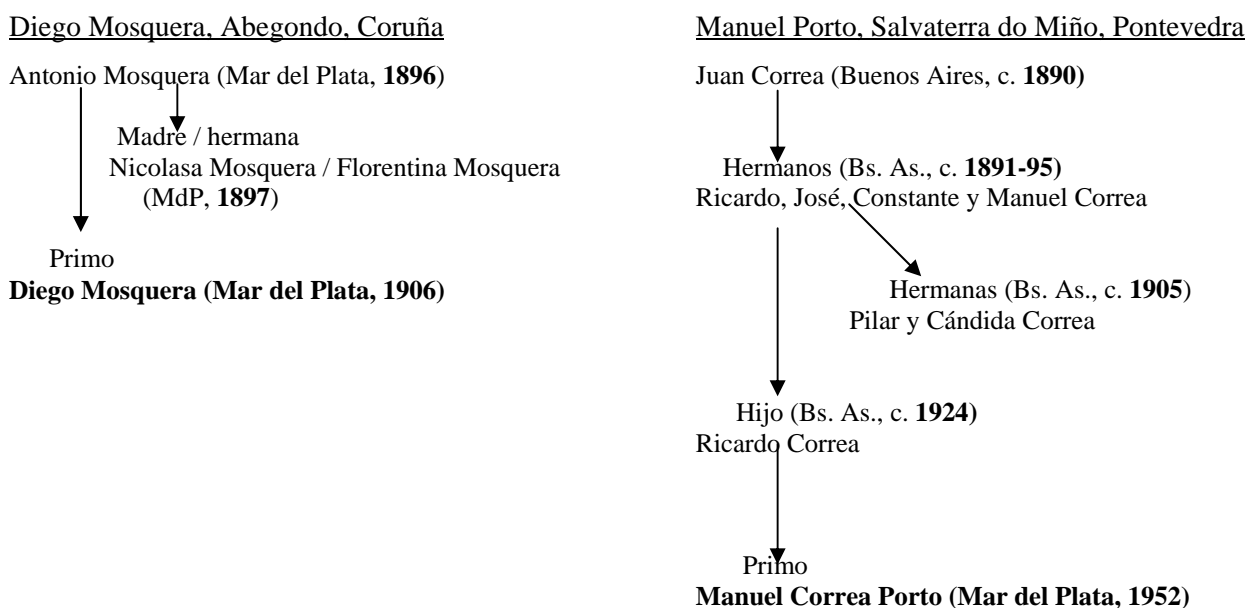
---

<sup>3</sup> La colección incluye 54 cartas de María Mosquera a su hijo Diego Mosquera, escritas desde Betanzos entre 1920 y 1931. Por su parte se conservan 46 cartas que Dolores Porto dirigió a su hijo Manuel Correa entre 1960 y 1972. Agradezco a Marcelo López, miembro de la Asociación Marplatense de Anticuarios, el haberme facilitado el epistolario de Diego Mosquera y a su hija Vilma Mosquera el permitirme utilizarlo. También tengo una deuda de gratitud con Carolina Correa quien me suministró las cartas de su bisabuela Dolores.

movimientos basados en relaciones personales que facilitaron la partida del pueblo y luego el asentamiento, se reactivaron a fines de la década del 40. De ahí que, si a principios del siglo XX apenas el 13% de los españoles había nacido en Coruña, Pontevedra o, en menor medida, en las provincias del interior galaico, en los años cincuenta esa proporción superó a otras regiones españolas acercándose a los niveles que tenía en Buenos Aires (Da Orden, 1995 y 2001; Moya, 2004). Las cadenas migratorias familiares, antes que las de paisanaje, habían hecho posible, entre otros aspectos, ese crecimiento.

Como se aprecia en el gráfico, ese era el caso que llevó a los inmigrantes gallegos que consideramos a establecerse en una ciudad distante del puerto de arribo en lugar de permanecer en la Gran Capital o dirigirse a otro posible destino. Claro que además, cuando se produjo la oleada de posguerra, Mar del Plata con 100.000 había cuadruplicado el número de residentes que había registrado el censo de 1914. A ello se sumaban importantes cambios derivados de la diversificación productiva y la transformación del balneario selecto en lugar de veraneo de sectores sociales más amplios.

Gráfico 1. Cadena familiar de inmigrantes de Coruña (1896-1906) y Pontevedra (c.1890-1952).



Fuente: Base de datos del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos, Libro de Matrimonios del Registro Civil de Mar del Plata, 1899; epistolario de Dolores Porto.

Como se aprecia en el gráfico, Diego Mosquera llegó a Mar del Plata llamado por un primo, hijo de una hermana de la madre que también había emigrado. Todavía no había cumplido 14 años cuando arribó al puerto argentino en 1906, dejando en la aldea a su madre y una hermana. Luego de realizar distintos oficios, en los años veinte, cuando recibió las cartas que consideramos, Diego había podido ingresar como empleado en uno de los casinos privados y exclusivos de la ciudad. Con sobresaltos, dada la inestabilidad que suponía este trabajo temporario, desempeñó así una ocupación de cuello blanco que con los años le permitió alcanzar una posición bastante desahogada.

Manuel Correa en cambio siguió un itinerario laboral más frecuente entre los gallegos que se asentaron en las ciudades argentinas. Casado y con un hijo, desde fines de los cuarenta trabajaba junto con su hermano en un café de la ciudad de Pontevedra cuando decidió probar suerte a través de la carta de llamada que le hizo un primo de la rama paterna de su parentela que había emigrado a Buenos Aires en los años veinte. Como se aprecia en el gráfico, esta familia –que incluía a su padre- contaba con una tradición migratoria en el país que se remontaba a fines del siglo XIX. La situación de Manuel era, pues, bastante distinta de la del emigrante de Abegondo, aunque compartía con él una temprana experiencia fuera de su pueblo natal. En efecto, por la época en que Diego ingresó en el casino, con sólo 9 años había comenzado a trabajar en las cercanías de Vigo para después emigrar a Lisboa siguiendo un camino muy frecuentado por otros habitantes de su pueblo.

Por sus edades, tanto estas mujeres como sus hijos pertenecían, entonces, a dos generaciones sucesivas. De hecho, al igual que los hijos de María, Dolores Porto había nacido en la última década del siglo XIX. ¿Qué características imponían estas diferencias en el vínculo con los hijos emigrantes?, ¿qué permanencias pueden observarse?

#### María, una madre, varias mujeres.

La primera colección de cartas que analizaremos da cuenta de las limitaciones que afectaban a las mujeres a fines del siglo XIX y principios del XX. María Mosquera, nacida en 1854, no había tenido oportunidad de adquirir instrucción. Los porcentajes de analfabetismo eran muy elevados cuando se encontraba en edad de aprender las primeras letras, sobre todo si tenemos en cuenta que según el censo de población todavía en 1900 sólo el 8% de las mujeres de Abegondo sabían leer y escribir, una proporción bastante inferior a la media de Galicia. Este indicador también ponía en evidencia las diferencias de género si tenemos en cuenta que en la misma época el 29% de los varones del lugar se hallaba alfabetizado, distancia que se iba a mantener en las décadas siguientes.

Sin embargo, como otras mujeres en su situación, María encontró la manera de sortear este obstáculo haciendo que otras leyeran y escribieran sus cartas. Este fenómeno, que resulta de una importancia decisiva a la hora de considerar el peso del analfabetismo en una sociedad, no deja de ser problemático para nuestro análisis. ¿En qué medida estas cartas dan cuenta de lo que esta mujer quería manifestar a su hijo? Los cambios en la redacción a medida que también cambiaban las mujeres que escribían dan cuenta de la cautela con que debemos considerarlas. Sin embargo, en la intervención que realizan una cuñada, dos vecinas y tres “señoritas”, según se señala, puede rastrearse una continuidad de intereses y pedidos, si es que no de la manera de realizarlos, que permite identificar la “voz” de María a lo largo del epistolario. Entre la diversidad de “escribientas” pueden distinguirse dos modalidades diferentes. Si tomamos en cuenta las expresiones de Ermita -la hija-, y las de la tía y una prima que también enviaron cartas a Diego, se observa la proximidad social y cultural existente entre los miembros de la familia y las vecinas que escribieron por María durante dos años y medio (17 de las 54 cartas). Podemos suponer que estas mujeres compartían en buena medida el mundo de la madre, lo que favoreció la redacción de lo que quiso “decir” al hijo. Por lo demás, seguramente

debió hacerse leer la correspondencia antes de enviarla. Sin embargo, el conflicto que surgió entre madre e hijo la llevó a “mudar de escribienta”, ante el supuesto de que tales mujeres no guardaban fidelidad a sus dichos. Independientemente de la veracidad de este hecho, es cierto que fueron esas cartas las más expresivas y nutridas de información. Aparecieron pues mujeres de otra condición social, “señoritas” o “señoras” que la “socorrían”, como se indica a partir de 1923. La distancia social impuso así mediaciones que sin embargo no lograron acallar la “voz” de la madre, aunque sin duda la suavizaron contribuyendo a armonizar la relación con el hijo.

El hecho de que no fuera la madre la que escribía sus cartas constituye, entonces, una limitación para desentrañar las características del vínculo que mantenía con Diego. No obstante, la disonancia o la armonía que pudo haber deslizado la intervención de otras mujeres, si no expresaba acabadamente el mensaje de María, constituye al menos un indicio de las nociones y percepciones que circulaban en el universo femenino de los distintos sectores sociales a los que pertenecían.

La colección está precedida por tres cartas de Ermita, la hermana menor de Diego Mosquera, que había permanecido en la aldea de Cerneda junto a su madre, una mujer que los había bautizado como hijos naturales compartiendo así una situación bastante extendida en Galicia y el norte de Portugal. El plural que utiliza en las pocas cartas que se conservan la presenta encargada de mantener la correspondencia familiar. La dificultad para manejar la pluma con la que escribe, la gramática y la redacción breve y directa delatan los conocimientos elemental y la escasa ejercitación de esa práctica por parte de Ermita. En 1916, fecha en que está datada nuestra primera carta, da cuenta de las dificultades de comunicación que afectaban sus relaciones: “pues querido ermano mio esta tiene por oujeto el dezirte la gran tristeza de no aver tenido carta tuya porque no savemos siespor estar tu enfermo o si es por avernos perdido el cariño anosotras”<sup>4</sup>

Con una redacción muy parca –la carta no hace más que repetir esta idea y luego concluye–, Ermita pone en evidencia la función primaria de las cartas en la emigración: dar cuenta de la existencia y la continuidad del vínculo –el “cariño”– dentro de la familia. A falta de otras relaciones confiables, este era el único medio que hacía posible otro tipo de intercambios: información y pedidos de distinto tipo, desde la ayuda financiera y material hasta el soporte emocional imprescindibles para el mantenimiento de la relación. De ahí el reproche cuando los mensajes no eran correspondidos. Con dureza e ironía reprochaba la que creía una excusa por parte de Diego:

“pues querido ermano nos dyzes en la tuya que [tachado en el original] nos as mandado 4 Cartas con esta y que no as tenido contestazyon de ninguna pues te dezimos que debes de engañarte porque a nuestras manos no an llegado ninguna las que echas deven de llegar pero las que no echas es imposible quellegen”

En esta y otras ocasiones, como se verá, el silencio era la modalidad adoptada por Diego para soslayar o evitar los conflictos. La precaria situación laboral de este emigrante que ya contaba con una década de estadía en el nuevo país debió motivar su comportamiento, agravado por la situación en que se hallaba su familia en el pueblo. Aunque no se explicitan las razones, el hecho es que la madre había tenido que vender y entregar la casa, por ello señala la misma carta,

---

<sup>4</sup> Ermita Mosquera a Diego Mosquera [en adelante D. M.], Betanzos, enero de 19016 [sic].

“quedamos muy disgustadas queno savemos para donde emos de ocurrir con nuestras cosas donde Dios nos abrirá una puerta para nosotras pero bueno esto no lo causa [¿conoce?] un yjo yermano como el que tenemos enla america.”<sup>5</sup>

A pesar de la crisis, la severidad del reproche poco podía ayudar al mantenimiento de una relación fluida.

Ermita y su madre finalmente fueron a vivir a Betanzos, una ciudad cercana donde, como otras jóvenes que se desplazaban a cortas distancias, se empleó en el servicio doméstico. Aunque era ella quien escribía, tanto en la carta anterior como en la siguiente, la madre aparecía en el centro de la relación de los hermanos. Sea como estrategia, habida cuenta de la temprana edad de Ermita cuando Diego había embarcado, sea como concepción acerca de las obligaciones de los hijos hacia la madre, indica,

“pues querido ermano yo [ilegible] tengo que yr aservir para ayudarle a nuestra amabilísima madre a pagar lo que devemos y para ayudarle enlo que pueda.

Diego si tu tuvieras alguna cosa ynolamandaras para ayudarle los dos a nuestra amada yquerida madre mucho te lo estimaría”

Por fin, después de las formalidades de la despedida, realiza un pedido que tal vez le costaba manifestar, si tenemos en cuenta que no aparece en el cuerpo del texto,

“Diego yo lo que te digo es que te vengas para esta si puedes porque no saves tu el deseo que tengo de verte si tus deseos fueran tan grandes de verme a mi como son los mios deverte ati no porque no tu vieras venido a ver a mi ya mi querida madre porque si los mios son grandes los denuestra madre ya no te los digo te dize adios tuermana Ermitas.”<sup>6</sup>

Todo lo que pedía al hermano, desde cartas a ayuda financiera o incluso el regreso, tenía como principal destinataria a la madre. La enfermedad y la muerte de la hija al poco tiempo de escrita esta carta, entre otros aspectos dejó a María Mosquera sin la compañía que podría haber esperado a los 68 años, cuando ya no podía trabajar. Se veía así truncada la esperanza cifrada en una vejez acompañada que tal vez alimentó como otras mujeres que también habían tenido más de un hijo como madres solteras (Kelley, 1991). De ahí la necesidad de revitalizar la correspondencia y con ello el vínculo con el hijo emigrante. En efecto, como señalamos, a pesar de su analfabetismo María se las arregló para hacer que otras mujeres escribieran y leyeran por ella. A partir de esta muerte, cuyo luto guarda el papel de las cartas durante dos años, la frecuencia del intercambio epistolar con el hijo llega a hacerse mensual si tenemos en cuenta que el correo demoraba al menos treinta días. Como Núñez Seixas y Vázquez Soutelo (2004) han señalado, las crisis familiares incidían en el ritmo de la correspondencia. En todas las cartas María se muestra sola, vieja, enferma y ante la proximidad de la muerte. Por ello, recurre a Diego que supone su “único amparo”. Esta posición de debilidad ante el hijo varón ausente hizo que el tema principal durante el primer año de sus cartas fuera el posible retorno del hijo o el viaje a la Argentina. María movilizó diversos recursos para lograr este fin: se desplazó a Abegondo en dos oportunidades para hablar con las autoridades del Ayuntamiento, buscó la mediación del empleador de su hija, visitó a dos médicos que la asesoraron sobre su estado de salud ante el posible embarque. Una actividad que contrastaba con el desamparo con que se presentaba ante el hijo.

---

<sup>5</sup> Ermita Mosquera a D. M., Cerneda Noviembre de 19017.

<sup>6</sup> Ermita Mosquera a D. M., Betanzos, enero 19 de 1919.

Finalmente la imposibilidad de un indulto ante la guerra de Marruecos y las enfermedades que al parecer impedirían ante las autoridades la emigración de María concluyeron en el abandono del proyecto.<sup>7</sup>

El año transcurrido en estas negociaciones corrió paralelo con las actividades que el hijo desplegó con sus nuevas relaciones en Mar del Plata. Su correspondencia con amigos y conocidos evidencian el distanciamiento del tema que trataba con la madre.<sup>8</sup> Fue en esa época que halló una ocupación prometedora en el casino de uno de los clubes más importantes de la ciudad. De ahí que también pudiera enviar remesas de dinero con cierta regularidad. Pero además también había iniciado el noviazgo que lo llevaría al matrimonio. No obstante, su situación aún estaba lejos de estabilizarse. El trabajo tenía que ser desempeñado en otros lugares del país cuando la temporada veraniega finalizaba en la ciudad. Para ello se debía hacer todo un despliegue de influencias y mediaciones a través de amigos y amigos de amigos, además de rendir exámenes para obtener una mayor calificación ocupacional (Da Orden, 2006).

De este modo, mientras la madre insistía en su desamparo, el hijo daba cuenta de la “mala suerte” que lo perseguía en el trabajo. Aunque esta situación también era confiada a los amigos, el silencio frente a su ocupación y también frente a la relación iniciada sugiere que a través de un diálogo epistolar muy reticente, madre e hijo implementaban distintas estrategias para lograr objetivos también diferentes.

Cuando por fin el viaje fue declarado “nulo”, las relaciones volvieron a tensarse. El trabajo del hijo y la ayuda constituyen temas de reclamo permanente. Con la crudeza con que la hermana escribiera en otras oportunidades, María subrayaba el incumplimiento de las obligaciones que le competían al hijo,

“Pues Diego Errecibido la tuya y enterada de ella beo que tus asuntos siguen lo mismo sin resolucion ninguna favorable para ti y asi como tu puedes comprender tengo que perder las Esperanzas que tenia puestas en ti deque serias mi Amparo para la Begez pero por lo que boy biendo creo que me equibocado pues yo Crei que me mandarias algo para pasar las Nabadades y Pobre de mi que con el frio que ace tengo que salir en dias tan memoriales a pedir una limosna pues mira que aunque fuera poquita cosa que me mandaras pues basta que se acerquen estos dias y que los tengo que pasar solita y seria para mi una satisfacion grande al berque aunque lejos tengo un hijo que se acuerda de mi pues la Pobre de tu finada hermana nunca se le olvidaba nada asi que Recordandome siempre no agomas que derramar abundantes lagrimas por ella.”<sup>9</sup>

De este modo, pese al reconocimiento de la mala situación del hijo, sea por la falta de crédito dada a su palabra, sea por las necesidades que estaba pasando, lo cierto es que María no dejó de poner en evidencia su estado de pobreza y soledad, dramatizado por la fecha de que se trataba. La gravedad que suponía el olvido del hijo quedaba demostrada en la comparación con la hermana fallecida. Ahora bien, ¿hasta qué punto estas demostraciones de debilidad no encubrían una de las formas de violencia que podían instrumentarse en las relaciones entre madre e hijo? De hecho, la impotencia de Diego iba a ser tanto más evidente en la medida en que, por la demora que suponía el correo, el tiempo transcurrido tornaba imposible la reparación del hecho.

---

<sup>7</sup> María Mosquera a D. M., Betanzos, 14 de febrero, 13 de marzo, 1 de junio, 17 de julio, 20 de septiembre y 21 de octubre de 1921.

<sup>8</sup> Además de la colección que consideramos, se conservan 72 cartas que Diego Mosquera recibió de conocidos, amigos y familiares en la Argentina en el mismo período. Entre ellas se encuentran 9 misivas intercambiadas durante su noviazgo.

<sup>9</sup> María Mosquera a D. M., Betanzos, 20 de diciembre de 1921 (el subrayado es nuestro).



Como en otras ocasiones, podemos que el recurso ya utilizado del silencio traducía el enojo y el distanciamiento que produjo esta carta. Ante ello María reiteraba,

...”ya ba hacer 4 meses y no tengo contestación a mi ultima que te escribi asi ques toy muy disgustada por no saber que motivo hes la causa de tu silencio sies questas enfermo ó ques lo que te sucede asi que te pido de fabor que mescribas lomas antes posible no me agas sufrir mas con tu silencio pues aunque no me mandes dinero por eso quiero que me escribas quiero tener carta tuya pues como tu puedes comprender que soy una pobre Anciana y questoy con los pies en la sepultura no me disgustes desa manera no me pribes el Consuelo de la alegria que tengo el dia que Recibo tu carta puesto que heres el unico ser que tengo mas querido en este mundo”<sup>10</sup>

Sin dejar de presionar a través de la posición desventaja con que se describía, la madre atenuó entonces sus demandas, anteponiendo el afecto al reclamo. La falta de respuesta del hijo habría ejercido el efecto buscado, si tenemos en cuenta que al poco tiempo Diego rompió el hermetismo de meses aludiendo a su falta de dinero para realizar un envío. Pese a que ese era uno de los pedidos reiterados directa o veladamente, la estrategia del hijo contrarrestó, pues, la de la madre que contestó:

“... Pues Referente a lo que me dices que no mes escribias por no mandarme Dinero yo eso no te lo obligo puesto que eso a deser voluntad tuya yo es cierto que lo necesito como tu bien puedes comprenderlo pero tan poco quiero estar sin tener noticias tuyas por tan solo el motivo de que no me mandas dinero pues el Dinero no hes la felicidad completa de la vida yo como Dios Medea saluz para andar y no me tenga en una cama malo sera que de puerta en puerta no Reuna un pedazo de pan para mi sostenimiento y cuando la saluz me falte un Santo Hospital Sera conmigo  
Pues mi Querido hijo tambien te suplico que jamas por que no tengas Dinero para mandarme no dejes nunca de Escribirme puesto ques el unico Consuelo que me queda en esta bida que por mucha que sea sera bien poca dada la edad en que me encuentro.”<sup>11</sup>

Pese a la situación planteada por Diego, también aquí María -y/o la vecina que escribía las cartas-, utilizó distintas modalidades para mantener interesado al hijo ausente desde hacía dieciséis años del hogar, más de la mitad de su vida. De hecho, el riesgo que corría manteniendo en las cartas un estilo duro que apenas contenía expresiones de afecto, se hacía patente en la situación de su cuñada. En efecto, dos de sus sobrinos - un varón y una mujer, hijos del hermano-, se encontraban en Argentina y habían cortado toda comunicación con la madre viuda y las dos hermanas que permanecían en aldea. En repetidas ocasiones María pidió a Diego que los contactara para que escribieran y ayudara a la familia necesitada, “pues la pobre de la madre no hace mas que llorar por no saber nada de su hijo.”<sup>12</sup> Esta ruptura, debió influir en María que supo mostrarse flexible cuando no encontró respuesta a sus reclamos.

No por ello, sin embargo, dejó de intentar ejercer cierto control sobre el hijo y su trabajo, un tema central para el grueso de los emigrantes, que además se hallaba vinculado con la posibilidad de ayudar a la familia en el origen. Así lo sugieren sus dudas,

“Pues Diego te boy a decir que me extraña que tu estes en la Ciudad de Buenos Ayres pues según

---

<sup>10</sup> María Mosquera a D. M., Betanzos, 13 de marzo de 1922.

<sup>11</sup> María Mosquera a D. M., Betanzos 4 de septiembre de 1922.

<sup>12</sup> María Mosquera, Betanzos 20 de diciembre de 1921, también cartas N° 5, 27, 28, 44 y 47.

en la tuya estas desde el mes de Agosto y me da que pensar si estaras sin trabajo o que te pasa pues esos biages cuestan bastante plata y perjudican el bolsillo ya tu me quitaras de estas dudas”<sup>13</sup>

Sea por los pedidos que nunca quedaban del todo satisfechos y la censura encubierta o directa, sea por las noticias referidas a través de otras vías -la madre al menos se comunicaba con una sobrina que vivía en Buenos Aires y posiblemente el hijo también tuviera otra fuente de información-, finalmente la cuestión del trabajo y las remesas que la madre vinculaba con su necesidad de pedir limosna, desembocaron en el conflicto,

“pues te dire que me da mucho que pensar tu carta por decirme que estas muy disgustado por mis cartas yo no se por que pues ya tu sabes que yo no escribo por mi mano y te pondría y alguna cosa si decir me lo ami pues me mandarás a decir que es eso que tanto te disgusta pues mucho mas me tengo que disgustar yo por lo que tu me dices pues sa beras que tengo mas que hacer que andar contando mi vida y la tuya y mucho mas que pensar por ser una pobre desgraciada sola por que no tengo otro aparato mas que tu solo y tu estas incomodado conmigo y en tonces con quien voy a decir mis cosas pues tu como Pilar Garci te escribio esa carta te parece que lo digo a todos pues ella cuando te escribio estaba aquí conmigo por que biniera a cuidarme que estaba da quella yo enferma pues querido hijo aber sime escribes tan pronto la recibes que quiero saber de ti no tengo mas nada que decirte  
“pues saberas que como yo tenia miedo que te pusieran mas de lo que yo le mandaba a la escribienta”<sup>14</sup>

La respuesta da buena cuenta de la ductilidad de que era capaz María, ayudada tal vez por la redactora de la carta: su extrañeza e incluso la manifestación del propio enojo despliegan una autoridad que a la vez se halla moderada por el sometimiento que la presenta a merced del hijo. La ambigüedad de las expresiones finalmente culmina desviando la tensión hacia una tercera persona: aquella que escribía la correspondencia. María resolvió la situación, cambiando de “escribienta” y disminuyendo los pedidos, un comportamiento que restableció el equilibrio y con éste los envíos de dinero. No obstante la desconfianza del hijo se mantuvo ante una conducta que, según se expresa, suponía la exposición abierta de la intimidad que debía resguardarse.

Es así que poco o nada mencionaba Mosquera acerca del trabajo que le permitió con el tiempo regularizar las remesas.<sup>15</sup> Que la falta de reserva preocupaba al hijo puede inferirse a través de algunas de las misivas de la madre. En efecto, como indica poco después de la tensión que sufrieran sus relaciones, “Ahora ya no te preocupes que nuestras cartas las verá y escribirá una Srta. Que me socorre y que asistió a morir a tu hermana [...] a ella no le importa nuestra vida y que solo hace esto, por caridad.”<sup>16</sup> La influencia de esta nueva relación pronto se manifestó en el giro que adquirieron los comentarios sobre el trabajo: “Ya veo que te fuiste a Mar del Plata, ya comprendo ahora que ahí en esta época debe haber mas trabajo que en Buenos

---

<sup>13</sup> María Mosquera, Betanzos 5 de diciembre de 1922.

<sup>14</sup> María Mosquera, Betanzos 23 de febrero de 1923.

<sup>15</sup> Cada año Diego enviaba entre 250 y 300 pesetas según se consigna María en las cartas. Una idea del valor que esto representaba lo da el costo del alquiler anual de su casa: unas 40 pesetas. Debió tratarse de un lugar muy precario si se tiene en cuenta que en la compra de un cerdo para criar invirtió 20 pesetas en dos ocasiones. María Mosquera a D. M., Betanzos, 15 de marzo de 1924.

<sup>16</sup> María Mosquera, a D. M., Betanzos, 16 de abril de 1922.

Aires.”<sup>17</sup> Si el control de la madre no había desaparecido, al menos ya no se hacía tan evidente “pues [como señala en otra oportunidad] tú ahí sabes mejor lo que has de hacer.”<sup>18</sup>

No obstante, cuando ya hacía al menos cuatro años que Diego trabajaba en el casino, la madre aún mostraba su inquietud: “Nunca me dices en que estas empleado a mi me gustaría saberlo, [...]”<sup>19</sup> El nuevo tono de la correspondencia, el tipo de escritura y las expresiones cautas y comprensivas que se mantuvieron en el tiempo, debieron infundir en el hijo la confianza necesaria para explicitar las condiciones de su ocupación sin temor a la censura. En respuesta, hacia 1927 María hizo escribir,

“Yá me explicó la Sta que me escribe, donde trabajas, pues ellos conocen todo eso y ahora me explico porque no trabajas en el invierno: como estos Sres conocen por ahí por eso te preguntaba yo siempre en que trabajabas.”<sup>20</sup>

El recelo del hijo que mantuvo oculta por siete años esta información, también se extendía a otras importantes dimensiones de su vida. Así, su matrimonio sólo fue notificado un mes después de concretado. La novedad, sin detalles acerca de un noviazgo que llevaba más de tres años, fue acompañada con la noticia de la próxima llegada de un hijo. Entre otros motivos, este comportamiento debía explicarse en el ejercicio de una autonomía que, a pesar de sus 32 años, Diego seguramente suponía limitada por la madre. En efecto, si el matrimonio de uno de sus miembros afectaba a las familias campesinas de la época, este hecho adquiriría un significado adicional entre los que habían cruzado el océano. El desconocimiento de los padres y por lo tanto su imposibilidad de intervenir en la elección, así como la modificación de los vínculos que podía provocar el ingreso de un nuevo integrante y su parentela en la familia de origen, debían generar una incertidumbre difícil de controlar si no se mantenía algún tipo de reserva. Una práctica de la que también dan cuenta otros epistolarios aún cuando la novia perteneciera al mismo lugar de origen (Baily y Ramella, 1988), y que debía tener más importancia cuando, como en el caso de Diego, la unión con una hija de inmigrantes italianos aumentaba la distancia con el universo de la madre gallega. Si María experimentó algún disgusto ante la noticia, supo disimularlo manifestando su interés por conocer los detalles de la boda y la imagen de la esposa solicitando un retrato. Sin duda esta contención debió verse favorecida por la percepción de quien escribía las cartas. Su pertenencia a la burguesía, un sector social donde la elección individual de la pareja debía ser menos extraña, seguramente incidió en el nuevo encabezamiento: los “queridos hijos” a quienes a partir de ese momento fue dirigida la correspondencia. Por lo demás, en el acuerdo ante un hecho ya consumado debió pesar el interés en la continuidad del vínculo familiar. Cuando las cartas, las remesas y los envíos de fotografías lejos de interrumpirse, se regularizaron, la nuera fue objeto de constantes reconocimientos,

“no tengo palabras para agradecerte [señala], los desprendimientos que tienes para mi bien reconozco que no pocas veces harás sacrificios para que la madre de tu marido no pase necesidad,

---

<sup>17</sup> Ibidem, Betanzos, 12 de marzo de 1924.

<sup>18</sup> Ibidem, Betanzos, 26 de mayo de 1924.

<sup>19</sup> Ibidem, Betanzos, 14 de marzo de 1924.

<sup>20</sup> Ibidem, Betanzos, 10 de enero de 1927.

debes ser buenísima y no me canso de dar gracias a la Stma. Virgen, por darle tal compañera a mi hijo y que mis nietos tengan tan buena madre [...]"<sup>21</sup>

Complementariamente a Diego se le recordaban sus obligaciones como sostén de la familia. Así, señala luego de una intervención quirúrgica que sufriera el hijo, "[...] buena falta hace que tengas buena salud para trabajar y ganar el pan para tu mujer, tu hijito y tu madre que tanto te agradece que le mandes para cuidarse como tú deseas."<sup>22</sup> Finalmente, contra los temores que se deslizaban en los primeros años, a través del diálogo epistolar la madre abiertamente se veía incluida, a la vez que no olvidaba reforzar su inclusión, en la familia del hijo que continuaba la propia.

Estas cartas, que suponían el manejo de la información y también del silencio, hicieron posible entonces la recreación de los lazos familiares y la incorporación de nuevos miembros a través de una continua negociación. Al poder que María ejercitaba por distintos medios, desde las manifestaciones abiertas del disgusto a las de una subordinación que no dudaba en pedir limosna al hijo, se oponía el silencio de éste que finalmente accedía a lo que se consideraba una obligación: el cuidado de la madre durante la vejez. Que sin embargo ésta no se hallaba indefensa lo ponen de manifiesto las diversas actividades desplegadas. Como madre soltera, acostumbrada a ejercer el gobierno de su casa y de sus hijos, la vejez y la pobreza no lograron abatirla. En uno de los momentos más críticos de su vida, tras la muerte de la hija, estuvo en condiciones de activar diversos contactos para que el hijo –prófugo de las milicias- pudiera retornar. Supo encontrar a quienes escribieran sus cartas, obtener que la sobrina y las vecinas cuidaran de ella en la enfermedad y, cuando fue necesario, lograr la protección de otras mujeres de distinta posición social que no sólo escribieron por ella, sino que mediaron en la relación con el hijo,<sup>23</sup> pagaron la renta de su casa e hicieron que un médico la atendiera en el tramo final de su vida.

Ahora bien, en las exigencias y las limitadas expresiones afectuosas que aparecen en las cartas de esta madre ¿qué papel desempeñaba la concepción sobre el vínculo que debía primar con los hijos?, ¿cómo incidían el distanciamiento de una emigración temprana y la falta de conocimiento mutuo a medida que el tiempo transcurría y el hijo adquiría nuevas relaciones y experiencias? Es difícil hallar una respuesta a partir la colección de cartas que consideramos, sobre todo cuando tenemos acceso a los escritos de uno de los protagonistas del diálogo epistolar. No obstante, las referencias al nacimiento y la crianza del nieto ofrecen algunas sugerencias.

La llegada del primer hijo se produjo luego de la pérdida de un embarazo, cuando la pareja todavía no había cumplido dos años de matrimonio y Atilia, la madre, tenía más de treinta años. Las cartas de María, evidencian que a partir de ese momento Diego no dejó de escribir con detalle sobre su pequeño: indicaba las “monadas” que hacía, lo encontraba “encantador” y “listo”, señalaba cambios como la aparición de la “media lengua”. El matrimonio festejaba su cumpleaños, una costumbre que la abuela no tenía a juzgar por la

---

<sup>21</sup> María Mosquera a D. M. Betanzos, 8 de junio de 1927.

<sup>22</sup> Ibidem, Betanzos, 28 de febrero de 1930; también 21 de marzo y 8 de junio de 1927.

<sup>23</sup> Ante los cuidados que requería la enfermedad de María, la mujer que escribía las cartas en ese momento -reconocida en Betanzos según afirmaba-, escribió por su cuenta a Diego Mosquera para solicitarle un envío mensual de dinero para la madre. Se refería a ella como “la pobrecita”, diciendo que era “muy cariñosa” y que lloraba porque no quería ir a un asilo. María Pita a D. M., Betanzos, 10 de marzo de 1931.

disculpa ofrecida con posterioridad al primer aniversario del nieto. Y, por supuesto, también lo retrataban “como decis así como va creciendo” según mencionan las cartas cuando se reciben las imágenes.<sup>24</sup> Como puede apreciarse en una de las imágenes que suponemos fue enviada, la mirada complacida que dirige a su hijo, da buena cuenta de la gratificación que este padre no tenía reparos en demostrar.

[insertar foto]

María, sin embargo, parecía tener otra concepción de la relación que debía primar con los hijos. Así, cuando el nieto contaba diez meses, aconseja a la nuera: “[...] espero en ti Atilia que le educarás muy bien pues aunque pequeñito por ahora, tendrás que contrariarlo muchas veces para que luego le cuesten menos los trabajos de la vida.”

En respuesta a una recomendación con la que, más allá de su cumplimiento, se manifestaba acuerdo, la abuela volvía a insistir, “[...] me alegro que esteis en educarlo bien, a nada conduce, complacerlo en todo si después la vida le enseña otra cosa, así que desde pequeño, hay que guiarlo para que nada le sorprenda y menos os eche en cara nada.”<sup>25</sup> (1 dic. 27, nº 41)

Una percepción de la maternidad que, según esto, se hallaba fundada en la restricción y el deber. No podemos suponer que María no hubiera experimentado una gran satisfacción con la crianza de sus hijos. De hecho, a pesar de su situación, había tenido dos hijos en condiciones similares a las de otras madres solteras. De hecho, las recomendaciones a la nuera para que se cuidara durante el embarazo, su inquietud por saber si podía amamantar al niño, la alegría expresada por verlo “gordito” en las fotografías –una muestra de salud y crecimiento entre ciertos sectores sociales–, dan cuenta de las preocupaciones que María habría tenido con sus propios hijos.

Como se ha señalado Barbagli (1984) en su estudio sobre las relaciones familiares del centro y norte de Italia, la idea de que cuanto más distante fuera el trato, mayor sería el respeto del hijo hacia los padres, solía guiar la crianza. Así, como otras laboradoras de fines del siglo XIX y principios del XX, esta madre parecía suponer que las expresiones de gratificación y complacencia con los hijos pequeños no favorecían una buena educación. El trabajo y el sacrificio que caracterizó su vida, habrían signado, una concepción que sobreponía la obligación, la severidad y el correctivo por sobre otras manifestaciones. Esta parecía ser una garantía del cuidado que recibirían los padres en su vejez, una obligación en la que tanto, Ermita, la hermana, como la madre insistían en la correspondencia y sobre la que se vuelve cuando el nieto todavía no llegaba a los tres años, “[...] ahora que ya comprende no dejes Atilia de enseñarle a conocer a Dios con su temor será siempre un hombre de bien, y útil para vosotros recompensandoos todo lo que os afanais por él.”<sup>26</sup>

En ese marco se comprende que esta madre haya permitido, si es que no alentó, la emigración de su hijo de 13 años, así como las demandas y recriminaciones que realizara su hija y más tarde ella misma, a través de las vecinas, cuando no se consideraba correspondida. El contraste con los primeros años se hace patente en su última carta “[...] no os tengo que decir lo que se quiere a los hijos, pues ya lo sabéis y que de ellos no se puede tomar nada a mal por lo mucho que se les quiere como pedazos del corazón.” (53, 1930) Ya se trataba de un cambio por el giro que tomó esta relación o del influjo de la mujer que en ese entonces

<sup>24</sup> María Mosquera a D. M., Betanzos, 23 de abril y 19 de junio de 1928.

<sup>25</sup> Ibidem, 31 de agosto y 1 de diciembre de 1927 respectivamente, (el subrayado es nuestro).

<sup>26</sup> María Mosquera a D. M., Betanzos, 1 de diciembre de 1927.

escribía, lo cierto es que el poder y la sumisión combinados marcaron la relación dialéctica que suponían estas cartas. De este modo, María consiguió que el hijo atendiera a su cuidado a pesar de la edad temprana con que partió del hogar. Más allá de la transformación que la nueva sociedad había operado en un ejercicio más cercano y expresivo de su paternidad, la correspondencia y la educación recibida habrían incidido en un resultado que, otros casos evidencian, no siempre conseguían los padres que permanecieron en Galicia.

Cuatro décadas más tarde, Dolores Porto desde su aldea en Pontevedra, confirma la vigencia de esta concepción en la misma época. La fotografía de los tíos, tomada en Buenos Aires hacia 1896 y recibida gracias al hijo que emigró medio siglo después, operó como disparador de la recreación de una

[insertar foto]

historia familiar que se remontaba muy atrás en el tiempo. Así escribía sobre los hermanos de su madre - cinco varones y al menos dos mujeres-,

[...] han nacido y criado en una cuadra casi perdiendo pues la Abuela de esos Hombres era la mas Rica de Fornelos pero la madre se enamoró de mi Abuelo que era un buen mozo pero era Pobre y solo Sacristán puesto que ejerció en Fornelos 29 años la han abandonado y le dieron unos pocos Terrenos dispersos y malos tenia yo 12 años cuando murió y Recuerdo muy bien que a cada momento decía “crién uns Barriles” tío Juan estuvo en Lisboa atendió á los Padres y vistio a las Hermanas luego marchó para ahí y fue mandando ir a los hermanos con los Padres tío Ricardo y tío José no se portaron muy bien [...]”<sup>27</sup>

Como en otros casos, la emigración de los hijos era el recurso para una vida mejor y también la continuidad de un intercambio que beneficiaba la familia. Sin embargo, la descripción del costo que supuso la decisión autónoma de una hija –la abuela de Dolores-, y el consiguiente resentimiento no impidieron la reproducción de una concepción que se observa en el señalamiento de quienes cuidaron o no a los padres. Ahora bien, ¿en qué medida la propia Dolores reprodujo en sus hijos esta imagen?

### Dolores, una madre cercana.

A diferencia de las cartas de María, las de Dolores Porto en los años sesenta fueron escritas al hijo mayor sin intermediarios. Manuel Correa había emigrado a Mar del Plata en 1952. Las 46 cartas que se conservan están datadas a partir de 1960 como parte de una correspondencia que seguramente se inició con la migración. La forma de escritura y el contexto histórico suponen un cambio sustancial para el análisis. Sin embargo, las condiciones materiales de vida no parecen haberse modificado sustancialmente. Como María, la llegada del invierno, por sus consecuencias, era un tema recurrente cada vez que se aproximaba esa estación. “Yo boy andando ahora viene el Frio viene mi Martirio” dice en una de las cartas.<sup>28</sup> A juzgar por este hecho y los pedidos que realiza al hijo, la vida cotidiana de las aldeas rurales de Galicia poco se habría

---

<sup>27</sup> Dolores Porto a Manuel Correa (en adelante M. C.) Lira, 15 de julio de 1961.

<sup>28</sup> Dolores Porto a M. C., Lira, 8 de noviembre de 1961.

modificado. Pero además, estas mujeres tenían en común el momento de la vida que estaban atravesando, de ahí las constantes referencias de Dolores a la soledad y la pérdida de salud que suponían sus 68 años.

Sin embargo, sea por la disposición del hijo que emigró a la Argentina a los 42 años, sea por la situación de Dolores, los envíos de ropa, alimentos o dinero no constituyen aquí un motivo de discordia. Es cierto que las peticiones, cuando eran realizadas, se manifestaban con la sutileza que entre otros motivos le permitía la instrucción. Así, cuando el hijo le anunció el envío de un paquete, agregó, después de haberse despedido, “El té de Argentina es muy bueno ¿¿no te recordarías ponerme un poco??”. En otra señal,

“... si tienes el gusto de mandarme alguna Ropa de abrigo te lo agradezco aunque sepas muy bien que no me gusta pedir nada (“solo observo”) no pude hacer mas por vosotros tenias 9 años y vinieron llevarte para Sabaríz [Baiona] creendo que me hacían un Fabor llevarte yó no quería alegando que tenías poca escuela Te fui visitar mas tarde y al verte casi desnudo y de sirviente te escribí que me salieras en Vito te vestí te dí de comer quería traerte para junto de mi y no quisiste (hasta que te mandaron) ni hay papel y los ojos se me llenan de Lagrimas yo no tenía Protección ni Fabor de nadie soy tu madre Dolores”<sup>29</sup>

¿El retroceso a 1921 a continuación de la solicitud, cuando transcurría la difícil infancia del hijo, suponía una suerte de disculpa ante una obligación que no pudo cumplir y que ahora, sin embargo, se veía obligada a pedir que fuera retribuida? De querer justificar esta asimetría, la asociación realizada y la despedida que invoca su maternidad parecen complementar la visión que traslucen las cartas de María. Sin embargo, el pesar de Dolores al respecto aparece en varias ocasiones cuando se refiere a la educación de sus hijos:

“vosotros no tubisteis nada de eso” vosotros que lo mereciais”<sup>30</sup>

A diferencia del epistolario anterior, las cartas de esta mujer la mostraban cercana y familiar. Como escribía al mencionar al menor de los tres hijos, que residía en Pontevedra y veía muy poco,

“el 28 del pasado fui junto de Adonis (ojalá que diera ir junto de ti) mi primer saludo, Fue, (nin trayo nin veño buscar <veño verte) quedó contento y no sabía que hacerme [...] quedamos para Julio ir los 2 a Bouzas [la casa del otro hijo, cercana a Vigo]”<sup>31</sup>

En otra ocasión, la referencia al mismo hijo ante el que era el hermano da cuenta de la proximidad con que concebía estos vínculos,

“Me dio un ansia enorme de ver y hablar un poco con Adonis y le escribí que día mejor me dijera para yo llegar hasta alla, Recibí esa carta en un Martes a la noche y no conseguí descansar hasta que llegué al otro día á Pontevedra tengo en casa tantos achaques y en ese día no tenía ninguno me dio mucho de comer (Y nada me hizo daño) [...] Te digo Manolo que sentí una satisfacción inmensa ni estaba enferma ni nada me hizo daño. Dices en la tuya en medio de esta soledad efectivamente [...] siento solo alegría cuando escribo y recibo buestras cartas [...]”<sup>32</sup>

---

<sup>29</sup> Ibidem, Lira, 2 de junio de 1961 y 28 de enero de 1966 respectivamente (el subrayado en el original). Otras referencias en cartas del 7 de abril, 13 de mayo y el 14 de julio de 1961.

<sup>30</sup> Ibidem, Lira, 13 de mayo 61.

<sup>31</sup> Dolores Porto a M. C., Lira 7 de abril de 1961.

<sup>32</sup> Ibidem, Lira, 1 de abril de 1962.

Por lo demás, el relato y el comentario final no dejan dudas acerca de la intimidad que la correspondencia le permitía seguir manteniendo con el hijo emigrante a pesar de la distancia que suponía el océano. De hecho, más allá de la individualidad de la relación que mantenía con cada hijo, Dolores no dejaba de referirse a los tres en cada uno de sus escritos. En efecto, con muy pocas excepciones, las cartas que dirigió a Manuel mencionaban al resto de los hermanos. El equilibrio que parece querer mantener en las relaciones no evitaba sin embargo la expresión de sus disgustos. El conflicto aparecía con el hijo menor cuando éste dejaba de escribirle o, según pensaba, quería ocultarle algún aspecto significativo de su vida.<sup>33</sup> El silencio, que en este caso también era un recurso en la correspondencia aunque se tratara de cortas distancias, volvía a aparecer como una forma de eludir al otro, en este caso la madre. La posible intervención del emigrante, sin embargo, la lleva a señalar,

“Dices que le cascarías ni hablar te lo pido de corazon ba para los 50 años y debe saber muy bien lo que hace algun día tendrá mis años y le haran lo mismo. Yo tengo la conciencia tranquila que no pude hacer mas ni por El ni por vosotros Bueno dejar eso, ya escribirá ya vendrá.”<sup>34</sup>

Aunque el enojo y el resentimiento se hacen patentes en el escrito, la madre buscaba evitar el posible enfrentamiento de los hermanos. Más allá de las tensiones existentes, el vínculo con los hijos no suponía un ejercicio vertical de su autoridad. La cercanía con que visualizaba estas relaciones era expresada claramente: “es amigo mío” o “somos muy amigos”,<sup>35</sup> señalaba en las ocasiones en que se acortaban las distancias que suponían el espaciamiento de los encuentros y el trato también mediado por las cartas.

Las numerosas expresiones de agrado -“todo me alegra todo me satisface”-; el humor, -“Leo tus cartas 2 o 3 veces y comento tus chistes con algun otro vecino que Rien a mas no poder”, o las manifestaciones de aliento y orgullo cuando el hijo comenta sus progresos en el trabajo -“Recibi tu carta fecha 20 Octubre y me alegran de verdad todo cuanto me dices sobre los negocios hay que arriesgarse de los Cobardes nunca Hizieron nada”-;<sup>36</sup> dan cuenta de una intimidad en el trato que se mantiene sin interrupciones al menos en el fragmento de la correspondencia que se conserva. Las fotos del hijo con el nieto, que la madre encuentra parecido al padre fallecido y a los tíos, la presentan también como mediadora en la construcción de la identidad familiar. La continuidad que esto supone era además reforzada ante el nieto al momento de remitir su propia imagen “como te dije que sacaría una Foto con el traje que me has mandado por eso lo hago se la dedico á Suso [el nieto] pero es lo mismo [y añade con humor] “á Velliña bai tirando”.<sup>37</sup>

[insertar foto]

La relación íntima de la madre con el/los hijos, su afirmación de una identidad familiar de la que se erige en custodia y depositaria, parece tener como contrapartida la tensa relación con las nueras. De hecho, en las cartas sólo se dirigía al hijo y en ocasiones también al nieto, de quienes se despedía sin otra referencia.

<sup>33</sup> Ibidem, Lira, 21 de julio, 9 de septiembre y 7 de diciembre de 1964.

<sup>34</sup> Ibidem, Lira, 25 de diciembre de 1964.

<sup>35</sup> Ibidem, Lira, 1 de agosto de 1965 y 28 de enero de 1966.

<sup>36</sup> Dolores Correa a M. P., Lira 1 de agosto de 1961, 28 de set. de 1963 y 8 de noviembre de 1961 respectivamente. También en la carta del 22 septiembre de 1961 indica: “debe ser de manitud ese Negocio de B, Aires y me alegro mucho de eso y habló aquí a los 4 vientos de eso después de los intereses dá Categoría viendo que uno tiene algo ya miran a uno de otra manera lo que causa satisfacción.”

<sup>37</sup> Ibidem, Lira, 26 de abril de 1962.



A lo largo del casi medio centenar de cartas sólo mencionó a la esposa de Manuel en siete oportunidades. En cada una de ellas prevalecía la parquedad y la crítica: “estoy viendo lo que dirá Josefa al Leer esta carta” como anda Lixeira para cobrar Diñeiro”.<sup>38</sup> Al referirse a sus otros hijos, su recelo claramente apelaba a la complicidad de Manuel: “te mando la carta que recibí de Pastora [que aspiraba a casarse con el menor] la rompes y te callas no digas á nadie nada”, o bien refiriéndose al que vivía en Bouzas, “me habló cosas que te las diría pero como nosé quien lee mis cartas me callo.”<sup>39</sup>

Este distanciamiento es una de las aristas que señalan la complejidad que suponen las relaciones de género. La influencia que esta mujer tenía sobre los hijos varones era una fuente de tensiones frente a aquéllas que podían disputársela. De ahí que no ocultara su identificación con el sexo opuesto: “me dices en la tuya que tanto El como el hermano [amigos de Manuel] me tienen afecto son hombres y Reconocen que tube que vivir de esta nuera y adaztarme a ella.”<sup>40</sup> Con la emigración del hijo siete años antes que el resto de su familia, y el trabajo de la esposa en el campo familiar, era posible que esta mujer viera mermada su autoridad. La rivalidad, si es que no estaba referida al ejercicio del matriarcado al que hicimos referencia, al menos ponía de manifiesto una lucha por el poder que, sorda o abiertamente, se había desatado en el interior de la familia. Como indicara Kelley (1994), el trabajo rudo del campo -que Dolores por su edad ya no podía desempeñar-, era al menos uno de los ejes que sustentaban la autoridad femenina.

Por lo mismo, las mujeres de la ciudad y, particularmente, la esposa del hijo que vivía en las cercanías de Vigo eran objeto de duros juicios:

”la mujer de Pepe y José Enrique [nuera y nieto] fueron [a la fiesta] llevaron un coche por su cuenta Naturalmente fueron algunas mas pero amí no me dijeron nada Bien es verdad que las de la Aldea con pañuelo en la cabeza no hacen buen papel con las Señoritas de Pueblo Pastorita se queja pero hace de tu hermano lo que quiere”.<sup>41</sup>

Refiriéndose a la misma nuera y sus hermanas insistía, “Total que ni son humildes ni trabajadoras ni un Rayo que las Parta.”<sup>42</sup>

Que esta no era una visión particular de Dolores lo manifiestan los comentarios que circulaban en la familia: “[...] aquellas mujeres de tío Ricardo y tío Constante que mi abuela nunca las vió Bien y que siempre nuestra Familia era despreciada por ellas “, o también,

“...[tío Constante] fue un Martir dijo mi madre varias veces que era El quien lababa la Ropa de los Hijos ojála lo cuidaran bien “porque era el unico cariño” que tubiera en esta vida [...] Tio Ricardo tanto trabajo como llevó toda la vida y cuando fuí al entierro de Luz en Fornelos y vi en el Campo Santo ni una sepultura ni un triste nombre de quien Reposo allí esas mujeres eran de contra o Rabo.”

43

La tensión entre madres y nueras o entre hermanas y cuñadas formaba parte, según esto, de una tradición que enlazaba a tres generaciones de mujeres que al parecer luchaban por el control de la familia.

<sup>38</sup> Ibidem, Lira, 16 de noviembre de 1965.

<sup>39</sup> Ibidem, Lira, 7 de diciembre de 1964 y 28 de enero de 1968, respectivamente.

<sup>40</sup> Ibidem, Lira 7 de abril de 1961 (el subrayado es nuestro).

<sup>41</sup> Dolores Correa a M. P., Lira, 9 de septiembre de 1964 (subrayado en el original); también 31 de agosto de 1963. La misma idea aparece con frecuencia referida a otras mujeres que residen en las ciudades, fueran conocidas o parientes.

<sup>42</sup> Ibidem, Lira, 23 de diciembre de 1971.

<sup>43</sup> Ibidem, Lira 21 de marzo y 29 de diciembre de 1961, respectivamente. El subrayado en el original.

Ahora bien, según esto, ¿cuál era el comportamiento que debía esperarse de una de una esposa? La percepción de sí misma que Dolores transmitía en sus cartas ofrece algún indicio. En efecto, en varias oportunidades se presenta como una mujer de aldea, trabajadora, ahorrativa, previsora, pero también resignada a unas condiciones de vida que hubiera querido superar de haber contado con ayuda. Una idea que en buena medida es trasladada a la mujer que hubiera querido por esposa del hijo soltero,

“es una chica que le tengo atenciones y por eso le tengo mucho afecto aunque Adonis no la quiera yo quisiera morir en las manos de ella es sufrida y Trabajadora y trató muy bien a sus Padres tiene un Capital bien bonito [obtenido de su trabajo como emigrante en Francia] y se adapta a cualquier vida por mala que sea [...]”<sup>44</sup>

Aunque nada asegura que el concepto de esta madre celosa del amor de sus hijos continuara siendo el mismo de haberse producido la unión, como en el caso de María, estas expectativas evidencian que todavía en los años sesenta el amparo ante la vejez y el cuidado de los padres figuraban, sino como una obligación, al menos como un deseo a cumplir por los hijos. De ahí la importancia de la elección de la esposa. Más allá de las diferencias individuales y de las distancias temporales, es esta una dimensión en la que la correspondencia de las dos mujeres vuelve a presentar coincidencias.

### Conclusiones

Como algunos investigadores han demostrado, la indagación en las redes sociales y los intercambios que suponen han cobrado una dimensión diferente a partir del análisis de la correspondencia de la inmigración gallega en los últimos años. Pero además, estas cartas también permiten explorar dimensiones afectivas y simbólicas que imposibles de abordar a partir de otras fuentes. Su contemporaneidad con el fenómeno estudiado y la índole de la interrelación escrita entre sujetos ajenos al universo letrado de los sectores más altos, ofrecen posibilidades que, a pesar de su difícil acceso, merecen ser valoradas por los historiadores de la migración española en su conjunto.

En efecto, como intentamos demostrar, los epistolarios aquí tratados -apenas una muestra del inmenso caudal de intercambios escritos a que dio lugar la migración gallega a la Argentina-, permiten profundizar en una dimensión significativa de las relaciones en el interior de las familias: la que unía a madres e hijos. Aunque limitadas como evidencia de un matriarcado al que repetidamente se alude cuando se trata de la sociedad gallega, ponen de manifiesto las estrategias utilizadas por estas madres para mantener interesados a sus hijos en un vínculo que, más allá de su relevancia, podía verse amenazado por la emigración.

---

<sup>44</sup> Ibidem, Lira, 26 de abril de 1962. También la carta del 9 de septiembre de 1964.

Ambos epistolarios permiten rastrear similitudes y diferencias propias de las personalidades que involucraban, pero también de los distintos momentos históricos en que se inscriben.

El caso de María, una madre que en la vejez había quedado sin sus hijos, ofrece un buen ejemplo de la variedad de recursos empleados para retener un vínculo que, a juzgar por las cartas de la hija, ya parecía perdido. La debilidad y subordinación que hace patente esta mujer, parece coincidir con la imagen más clásica de las relaciones de género existentes en el campo gallego. El análisis más detallado ofrece, sin embargo, una visión algo distinta. Tanto las manifestaciones de desamparo como los resultados finales –la atención de un hijo que tenía de la madre solo el recuerdo de la niñez–, parecen encubrir el ejercicio de un poder que mostraba claros rasgos de autoritarismo y poca consideración hacia los intereses del hijo. Combinados con habilidad, poder y subordinación, formaban parte del comportamiento de esta madre según deja entrever una correspondencia que su analfabetismo no le impidió mantener. Era esta otra señal de una capacidad que, junto con la intervención de otras mujeres del mismo universo relacional, estaría en la base de los desacuerdos y finalmente de las negociaciones que las cartas hicieron posible. De este modo, no sólo se habría mantenido un vínculo amenazado por la temprana emigración sino que también se habría podido reconfigurar la concepción que estaba en sus cimientos. Así al menos permite suponer la aceptación de la autonomía del hijo en la formación de su nueva familia.

La idea anterior parece confirmada en la reconstrucción que hizo Dolores de sus relaciones familiares de juventud. La fotografía de fines del siglo XIX que la emigración del hijo hizo llegar a ella en los años sesenta desempeña un lugar central en la recreación de su historia y con ella de la identidad de su familia. Sin embargo, la continuidad de una percepción que supone la demanda de la madre hacia los hijos, parece cobrar aquí un carácter diferente. Sea por la instrucción y las características de estos individuos, sea por los cambios operados en el interior de las familias al compás de las transformaciones que las oleadas migratorias y los cambios socio-económicos habrían permitido, lo cierto es que las manifestaciones de afecto, el humor y las expresiones de agrado daban una coloración diferente a la relación madre-hijo. La familiaridad y cercanía, más allá de las distancias, hacían posible el mantenimiento de una intimidad que en el primer epistolario sólo estaba referida a los aspectos materiales de la vida. No obstante, como contrapartida, esta vinculación suponía tensiones en las relaciones de género que, en este caso, se desplegaban en el interior del universo femenino. Madre y nueras, mujeres de la aldea y de la ciudad, constituyen en estas cartas los polos de un enfrentamiento que involucra a los hijos varones y también el trabajo. Si es cierto que en la esforzada actividad rural estaba centrada buena parte del poder de las mujeres frente a los varones, a pesar del tiempo transcurrido, los escritos de Dolores no hacen más que ofrecer una variación de la autoridad ejercida por las madres campesinas, en este caso suavizada por la expresión de los sentimientos.

Paradójicamente, o no tanto, la colección de cartas conservadas en Mar del Plata, permiten apreciar la concepción de los lazos familiares más cercanos vigente en Galicia durante la emigración masiva. Dicha imagen, basada en la obligación, la severidad y la casi ausencia de expresiones de afecto entre madres e hijos, estaba ligada a la subordinación de los individuos a los intereses familiares -sea en el acto de emigrar, sea en el de elegir con quien casarse o en la obligación debida a los padres durante la vejez-, pero se vio sin

duda afectada por el cruce del Atlántico. Si es cierto que las redes de paisanaje podían ejercer cierto control en la nueva sociedad, también lo es que la distancia espacial y temporal facilitaba la autonomía de los jóvenes. En este sentido las cartas podían actuar como un reaseguro para los padres, de manera tal que aún modificándose, las nuevas relaciones no frustraran las expectativas que suponía aquella concepción. Es cierto que no en todos los casos esto se lograba. No obstante, si finalmente los vínculos pudieron recrearse, ello fue en buena medida posible gracias a la correspondencia.

Aunque nuestro trabajo no hace más que sugerir algunas cuestiones que deberán profundizarse, el “puente de papel” tendido a través de las cartas (Sierra Blas, 2004) permitía, entonces, construir otro menos tangible pero por demás significativo: el que permitía mantener la identidad de la familia y, sobre todo, recrear sus vínculos. Junto con las fotografías que solían acompañarlas, facilitaban la adaptación de las familias y con ella, por qué no, la de los individuos ante el desafío que implicó la gran emigración.

### Bibliografía

Baily, Samuel y Franco Ramella (1988) *One Family Two Worlds. An italian family's correspondance across the Atlantic, 1901-1922*, New Brunswick and London, Rutger University Press.

Barbagli, Marzio (1984) *Sotto lo stesso tetto. Mutamenti della famiglia in Italia dal XV al XX secolo*, Bologna, Il Mulino.

Brettell, Caroline (1987) *Men who migrate, women who wait. Population and History in a Portuguese Parish*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press.

Cagiao Vila, Pilar (1997) *Muller e emigracion*. Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.

Da Orden, María Liliana (2006) “Amigos y compañeros. Inmigración gallega a la Argentina e inserción ocupacional a través de las cartas de un coruñés “atípico” (1920-1930).” Comunicación presentada en el *Congreso Internacional “Galicia: éxodos e retornos”* organizado por el Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela, 11 ao 14 de xullo.

----- (2004) "Fotografía e identidad familiar en la migración masiva a la Argentina", en *Historia Social*. Fundació Instituto de Historia Social. UNED, Valencia, España, Nº 48, pp. 3-25.

----- (2005) *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina Moderna. Una mirada desde Mar del Plata*. Ed. Biblos, Buenos Aires.

----- (2001) “La inmigración gallega en Mar del Plata: trabajo, movilidad y relaciones personales, 1895-1930”, en Núñez Seixas, Xosé M. (comp.) *La Galicia Austral. La inmigración gallega en la Argentina*. Edit. Biblos, Buenos Aires.

----- (1995) “La inserción social de los españoles en la Argentina: el caso de Mar del Plata (Provincia de Buenos Aires), 1880-1930” en Llordén Miñambres, Moisés (comp.) *Acerca de las migraciones centroeuropeas y mediterráneas a Iberoamérica: aspectos sociales y culturales*. Gijón, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.

Devoto, Fernando (2003) *Historia de la inmigración en la Argentina*. Edit. Sudamericana, Buenos Aires.

Gerber, David A. (2005) “Acts of deceiving and withholding in immigrant letters: personal identity and self-presentation in personal correspondence.” en *Journal of Social History* [en línea] <http://www.encyclopedia.com/doc/1G1-140766675.html> [consulta: 3 de junio de 2007].

----- (2000) “Epistolary ethics: personal correspondence and the culture of emigration in the nineteenth century” en *Journal of American Ethnic History*, V. 19, Nº 4 (Summer 2000) p. 3-23

Juana López de, Jesús y Julio Prada (coords) (2005) *Historia contemporánea de Galicia*. Barcelona, Ariel.

Kelley, Heidi (1991) “Unwed Mothers and Household Reputation in a Spanish Galician Community” en *American Ethnologist*, Vol. 18, Nº 3, Aug., pp 565-580.

\_\_\_\_\_ (1994) “The Myth of Matriarchy. Symbol of Womanhood in Galician Regional Identity” en *Anthropological Quarterly*, vol 67, Nº 2, Symbols of Contention: Part 1. (Apr., 1994), pp. 71-80 .

Lison Tolosana, Carmelo (1976) “Estructura antropológica de la familia en España” en Rof Carballo, J. (ed.) *La familia, diálogo recuperable*. Madrid, Karpos, pp. 37-51.

\_\_\_\_\_ (1991) *Antropología de los pueblos del Norte de España*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid y Universidad de Cantabria

Moya, José C. (2004 [1998]) *Primos y extranjeros.. La inmigración española en Buenos Aires 1850-1930*. Buenos Aires, Emecé.

Núñez Seixas, Xosé M. y Raúl Soutelo Vázquez (2004) *As cartas do destino. Unha familia galega entre dous mundos (1919-1971)*, Deputación Provincial de A Coruña-Editorial Galaxia, Vigo.

Sierra Blas, Verónica (2004) “Puentes de papel”: apuntes sobre las escrituras de la emigración” en *Horizontes Antropológicos*, Porto Alegre, año 10, nº 22, pp. 121-147, jul/diez. [en línea] [www.scielo.br](http://www.scielo.br) [consulta: 3 de junio 2007]

Soutelo Vázquez, Raúl (2005) “Cómo recuperar las cartas familiares de los emigrados y qué hacer con ellas” [en línea:] [www.euskosare.org/komunitateak/ikertzileak/ehmg\\_2\\_mintegia/txostenak/como\\_recuperar\\_cartas\\_familiares](http://www.euskosare.org/komunitateak/ikertzileak/ehmg_2_mintegia/txostenak/como_recuperar_cartas_familiares) [consulta: 2 de marzo de 2007]

----- (2004) *Labregas, emigradas, estraperlistas e represaliadas. Experiencia de vida e lembranzas de mulleres na galicia rural: 1900-1960*. IX Premio de Investigación 2004 Xesús Ferro Couselo, Concello de Valga.

----- (2001) *De América pra a casa. Correspondencia familiar de emigrantes galegos no Brasil, Venezuela e Uruguai, 1916-1969*, Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela. [en línea] [www.culturagalega.org](http://www.culturagalega.org) [consulta: 2 de marzo de 2007]

Saavedra, Pegerto (1994) *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*, Crítica, Barcelona.

Vázquez González, Alejandro (1992) “Las dimensiones microsociales de la emigración gallega a América: la función de las redes sociales informales” en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Buenos Aires, Diciembre, Nº 22, pp. 497-533.